

EL VESUBIO

(NOTAS DE VIAJE)

Nápoles, Abril de 1894.

Para hacer la expedición al Vesubio con comodidad y en tiempo relativamente breve, conviene entenderse con el representante de la famosísima agencia Cook, que por 25 liras facilita carruaje hasta el funicular, asiento en este, y guía para llegar al cráter.

El funicular está construido de manera que por debajo dé de ganar á los carruajes, y por encima á los guías, con lo cual dicho queda que su trayecto es corto.

Pero son tantos los que viven de los peligros del volcan, que la poderosa compañía no ha querido privar del sustento á esta pobre gente.

Nuestro coche emprendió la marcha desde la puerta del hotel Continental, y atravesando á lo largo todo el muelle de Nápoles, siguió la línea directa por entre calles en una extensión de algunos kilómetros.

Así pasamos por *Borgi*, *Portici*, *San Juan*, y parte de *Resina*, pueblos que forman solución de continuidad hasta el extremo de que al viajero le parece que aún sigue caminando por la capital de la Campania.

A mitad de Resina, que surge de entre las ruinas de Herculano, el vehículo desvia por una calle lateral hácia la montaña y comienza los primeros pasos de la ascensión por las estribaciones del Vesubio.

En este punto salen á nuestro encuentro multitud de desarrapados

mendigos y niños casi desnudos que con inmenso vocerío claman una limosna. Los viejos canturrean, los chicuelos no se cansan de dar saltos mortales y hacer mogigangas cerca del carruaje, y los que nada de esto pueden, en su afán de alcanzar méritos, ofrecen pájaros vivos cruelmente aprisionados, y las niñas raquíticas ramitos de flores.

El primer golpe de vista á la montaña volcánica impresiona por los tonos diversos que presenta. Junto á la fértil y hermosa vegetación que verdea las lomas, la negrura de la lava petrificada da al monte el aspecto de haber sufrido una abundantísima lluvia de alquitrán.

De entre las piedras calcinadas, de entre las escorias de fundidos metales, de entre las huellas de la lava, de entre la misma ceniza parca que pudiera confundirse con arena, brotan frondosísimas vides cuyos largos sarmientos se enredan á mil especies de árboles frutales cubiertos ya de flores, mientras que en el suelo se ven rastreras plantas para nosotros desconocidas.

El *lacrima-cristi* de reputación universal, se recolecta allí, en aquellos valientes jardines que trepan por la montaña desafiando el peligro que se esconde en las entrañas del monstruo.

Aquellas casitas de recreo asombran por su osadía.

Cierto que cual un centinela avanzado levántase enfrente del cono del Vesubio sobre una pintoresca colina el observatorio, provisto de todo género de aparatos para arrancar el secreto de alguna nueva erupción y prevenir telefónicamente á los habitantes que duermen confiados á los pies del gigante, pero ¿quien osa adivinar los caprichos de éste ó los inescrutables designios de la Providencia?

Un aviso colocado en la puerta del edificio previene á los transeuntes que desde hace diez años el volcan no ha experimentado una efervescencia tan grande como la que se observa estos días del mes de Abril, más, advierten los iniciados en estos anuncios que son un reclamo para que los extranjeros no se queden á mitad de camino.

El lugar donde se alza el observatorio háse preservado siempre de las irrupciones de la lava á causa de su situación elevada sobre las demás estribaciones, así es que este sitio es como un oasis, un frondoso vergel.

El recorrido que media hasta que el carruaje llega á esta altura desde la que el panorama presenta una vista encantadora, sirve para hacerse una idea de lo extraño que es un monte volcánico.

El suelo tiene un aspecto mucho más mineral que vegetal; ásperas

y negruzcas peñas asoman por todos lados; ha desaparecido la vegetación; y torrentes de antigua lava cuyas olas retorcidas y trenzadas finjen espectros, gnomos, pulpos gigantescos, y mil endriagos caprichosos, ocupan muchos kilómetros de extensión y se ve cómo ha corrido el hirviente caldo hácia la llanura dejando petrificada la indeleble mancha que destaca horriblemente del tono general verdoso que domina en la campiña.

En los primeros accesos del monte, tras de los mendigos y chiquillos, hicieron su aparición las orquestillas que rodearon al coche ejecutando aires españoles y cantando romanzas napolitanas, pero ya á esta altura y siguiendo el sistema de vivir explotando al forastero, se nos presentó un individuo con la pretensión de explicarnos cuanto veíamos.

Pobre porfiado saca mendrugo y esto lo saben tan bién los *cirerones* que fué vano nuestro empeño de negarnos á recibir sus innecesarios servicios.

Aquel hombre charló por los codos, tuvo algunas atenciones para las damas de la expedición, y con un atrevimiento sin ejemplo hizo como que extrajo de debajo de una roca unos pedazos de escoria en forma de medallones, en los que aparecían grabados bustos de Julio Cesar, Bruto, Marco Aurelio, y otros personajes de la antigüedad.

La paciencia tiene sus limites, y esta burla sangrienta nos decidió á despedirlo con cajas destempladas, pero en vez de cajas hubimos de darle liras.

Apuntamos el suceso porque es muy conveniente que cuantos nos lean conozcan este timo de nueva especie,

Se recomienda al expedicionario que descienda del carruaje y se decida por la ascensión á pié en un largo trayecto con lo que obtendrá dos ventajas: disfrutar más á sus anchas del bellissimo panorama y acortar la distancia por los atajos, andando constantemente por aquel curioso paisaje que ofrece tantos motivos de admiración.

El horizonte sonríe por el lado del mar; el soberbio cuadro de la grandiosidad del golfo que en anfiteatro colosal se extiende hasta perderse de vista; los reflejos del sol en la inmensa bahía con sus aguas tranquilas; la dilatada línea de edificios que denuncian la importancia de la población que se asienta junto al volcan; aquellos puntitos negros sobre la superficie del mar señalando las islas Ischias, unido todo ello á la inacabable llanura, tachonada de casitas y colinas que se dis-

tingue hácia el interior de la península, constituye un espectáculo verdaderamente sublime.

Si desde este lugar de observación mirais á la cima del Vesubio, la hallareis las más de las veces envuelta en una espesa nube que os impedirá ver el penacho de humo y las llamaradas de fuego que despide el cráter, y es esto tanto más extraño cuanto que el horizonte despejado por todas partes solamente amontona estas capas de vapor alrededor del volcan.

A un kilómetro del alto del observatorio se alcanza una caseta que tiene establecida la agencia Cook para intervenir los billetes de los excursionistas y un empleado de uniforme se encarga de preveniros que habeis entrado en los dominios explotados por la compañía.

Efectivamente, de aquí en adelante el camino es reservado, no se permite á los coches ir seguidos uno de otro, sino que se les obliga á guardar distancia, y desde puesto tan estratégico el susodicho empleado telefona á la estación del funicular, que aún dista unos veinte minutos, para advertir los viajeros que pasan, dato que necesitan conocer con antelación á fin de preparar el número de asientos en el funicular y el de cubiertos en el restaurant.

ALFREDO DE LAFFITE.

(Se concluirá)



al objeto de encontrar el sepulcro de Juan d'Albret y Catalina de Foix, aquel rey desgraciado y aquella reina varonil, que, despues de la pérdida de su reino aun tenía alientos para decir á su esposo: «D. Juan, si hubiésemos nacido vos Catalina y yo D. Juan, jamás habríamos perdido la Nabarra».

Si circunstancias espaciales, que no son de este lugar rocordar, hicieron desistir por entonces de tal propósito á las Comisiones de Monumentos mencionadas, no por eso es menos de agradecer la valiosa cooperación que, espontáneamente, les brindó el modesto cuanto inteligente Sr. Barthety.

JOAQUÍN PAVÍA Y BERMINGHAM.

(Se continuará)

EL VESUBIO

(NOTAS DE VIAJE)

(CONCLUSIÓN)

Donde está enclavada la estación y sus anejos el restaurant, las cuardras, las cocheras, y demás dependencias, puede decirse que ha terminado lo que propiamente se conoce con el nombre de monte Vesubio.

De aquí para arriba el volcan lo forma el llamado *cono de cenizas*, de modo que el funicular que arranca desde el pie de este cono y llega hasta muy cerca del cráter recorre, poco más, poco ménos, una extensión de trescientos metros casi verticales.

El restaurant tiene buenas condiciones y se almuerza como en el más suntuoso hotel.

Las estufas mantienen una temperatura uniforme, pues son muchos

los expedicionarios que entran sudados de hacer la caminata pedibus andando y se obstinan en ganar la meta lo mismo.

Entre estos abundan los alemanes que verifican todo el trayecto a pié desde *Resina, Torre del Greco, ó Pompeya*, invirtiendo unas cinco horas.

Nuestro almuerzo estuvo amenizado por una orquesta de guitarras y bandurrias, y cuando hubimos concluido metímonos en el wagon y á una señal del jefe comenzó la última etapa de subida, mas en mitad de la ascensión entramos en la nube y desapareció para nosotros todo el encanto de la jornada.

Envueltos en la espesísima niebla nada divisábamos y á la llegada á la estación de término vimos unas sombras que nos dijeron eran los guías que habian de acompañarnos hasta la cúspide.

Por entre la consistente neblina que apenas nos permitia andar, caminamos lentamente un buen trecho siempre subiendo, y al poco rato empezamos á sentir el ruido como de un fuerte viento huracanado cuyas ráfagas pasaran por encima de nuestras cabezas. Es que nos vamos aproximando a la terrible boca y á medida que acortamos la distancia, sordas detonaciones y un olor pronunciado á azufre invaden la atmósfera.

La violencia del viento adquiere tonos más impetuosos, se siente el estruendo de monstruoso estampido que hace estremecer el monte y los ruidos de todas clases aumentan inspirando cierto recelo mantenido por la casi oscuridad que nos rodea.

Pisamos antiguos cráteres apagados y dará una idea de la combustion interna, el saber que al intentar tocar con la mano el suelo tuvimos que retirarla vivamente.

Las suelas de nuestro calzado arden, y de los agujeritos que intencionalmente abrimos con las puntas férreas de los bastones salen espirales de humo acre. Un polvillo negro de carbon tapiza toda la superficie.

Hemos llegado al borde del cráter en actividad, que mide unos trescientos piés de diámetro y le vemos cubierto con una espesa niebla que parece cocerse en este enorme recipiente.

Muchos excursionistas, la mayor parte ingleses, se asoman con nosotros al horrible antro y apenas si los oidos pueden soportar el ruido de la batalla que allí riñen los elementos.

Tras de un instante, la niebla que cubre la boca del cráter desapa-

rece, vapores fugitivos flotan en el aire, el rumor sordo al principio conviértese en rugido formidable, y después de una fuerte detonación se ve elevarse á imponente altura una columna de fuego y humo que arroja piedras y escoria.

El volcan respira así de cinco en cinco minutos, y este es el momento en que la vista tiene un par de segundos para escudriñar lo que pasa en el fondo del cráter, aunque dificulto que haya quien pueda explicar lo extraño del fenómeno que allí presencia; remolinos de fuego, llamaradas rojizas y azules iluminando un sumidero profundo en el que se aperciben restos de vegetación, paredes impregnadas de azufre, peñas afiladas y materia ígnea.

Sin embargo, la impresión que se produce en nuestro cerebro en ese par de segundos basta para que el recuerdo dure toda la vida.

El espectáculo es grandioso y completamente nuevo para la inmensa mayoría de los mortales, porque ciudades, montañas y mares los hay en todas partes, pero una manifestación tan imponente de la naturaleza únicamente en un volcan.

El terreno que bordea los labios del cráter parece hueco ó minado y se desmorona á la menor presión.

Los guías con el conocimiento que tienen de los caprichos del gigante conducen á los viajeros del lado contrario al viento con el objeto de evitar desgracias.

El nuestro interrumpió su relación para enseñarnos el lugar desde el cual se arrojó el año pasado á la hirviente caldera un rico brasileño cuyos motivos suicidas se ignoran.

¿Sería la atracción?

Porque una larga permanencia en este sitio puede llegar á ser peligrosa por los gases que se respiran y el vértigo que ocasiona el abismo.

Un compañero nuestro de expedición, entusiasta explorador de montañas, no volvía de su asombro al contemplar tan terrible cuadro. Según confesión propia había subido al cráter en la inteligencia de que éste se hallaba apagado y con ánimo de descender dentro de él y lanzar desde su fondo el grito de ¡Viva León XIII!

Enfrente del monstruo se distingue la *somma*, cordillera separada del Vesubio el día de la destrucción de Pompeya.

Antes del año 79 de nuestra era parecía el Vesubio un volcan apagado; la población y el cultivo habían llegado hasta su cima, cuando

reanimándose de pronto sepultó á *Herculano*, *Pompeya* y *Stabies* bajo una enorme masa de cenizas y despojos.

En 472, según Procopio, tal fué la violencia de la erupción que las cenizas impelidas por el viento llegaron hasta Constantinopla.

En 1794, una de esas corrientes de lavas incandescentes, que suelen tener hasta 14.000 metros de longitud por 100 á 400 de latitud y ocho ó diez de profundidad, destruyó la hermosa ciudad de *Torre del Greco*. Piedras enormes fueron lanzadas á 1.200 metros y gases mefíticos destruían á lo lejos toda vegetación, y á distancia de 16 kilómetros no se veía sino a la luz de las antorchas.

Humboldt notó que la frecuencia de las erupciones está en razón inversa del grandor del volcan. Desde que el cráter del Vesubio redujo sus dimensiones, sus erupciones menos violentas han venido á ser más frecuentes. Ha cedido el espanto y queda la curiosidad. De todas partes acuden ricos viajeros, y los napolitanos que olvidan pronto, dicen de su volcan, exhumando á la vez á *Herculano* y *Pompeya*, que es una montaña que vomita oro.

A la bajada nos detuvimos un cuarto de hora en el salon del *restaurant* donde nos presentaron un voluminoso álbum en el que se invita á los expedicionarios á que inscriban sus nombres y si quieren algunas palabras acerca de la impresión que les ha producido la visita al volcan.

Recorrimos con avidez sus páginas en busca de una frase española, mas en vano. Firmas de compatriotas habia unas cuantas, muy pocas, pero las de los alemanes, ingleses, norte-americanos y franceses cubrian materialmente el álbum.

Más que por vanidad, para que la lengua de Cervantes tuviera representación en aquel torneo de idiomas de todos los países del globo, nos decidimos á estampar la primera idea que nos vino á la imaginación:

«*El Dante debió inspirarse en el Vesubio para descubrirnos su horrible infierno*».

Al dia siguiente visitamos la ciudad silenciosa, las ruinas de *Pompeya*, cuyas excavaciones se comenzaron en tiempo de nuestro Rey Carlos III.

Sobre ellas, como un manto de olvido, crecia el mejor viñedo de Italia, hasta que las obras para la construcción de una cañería de agua descubrieron las primeras ruinas. Varios operarios trabajan aún para

descubrir lo que falta de ellas, que es muy poco, y estos obreros son muy vigilados y se les registra escrupulosamente para evitar que oculten algún hallazgo artístico

El museo de Nápoles, que es una maravilla, encierra una gran riqueza de objetos encontrados en la ciudad subterránea.

Los fenómenos marítimos tienen allí verdadera explicación. Pompeya, que era puerto de mar, dista hoy de su orilla unos dos kilómetros.

La separa también larga distancia del Vesubio.

Hay muy cerca de las ruinas otro Pompeya moderno, con hoteles y chalets á los que vienen á albergarse numerosos turistas y que con *Castellamare* y *Sorrento* comparte la estación veraniega.

En Herculano, destruido por la lava que quedó petrificada, no han podido hacerse excavaciones y se ha tenido que apelar al procedimiento de los pozos para extraer objetos y curiosidades que dieran una muestra de lo que fué aquello.

Resina y Torre del Greco se asientan sobre él, y extraña sobremanera el valor de estos dos pueblos, tantas veces destruidos, y que han vuelto á levantar hermosas casas y jardines en el mismo monte volcán.

Antes de abandonar á Nápoles logramos por fin, al caer de la tarde, conseguir lo que desde nuestra llegada ansiábamos, y era ver despejado de nubes el cráter.

El crepúsculo avanzaba y de la cima del Vesubio, de un color de escarlata que contrastaba con el fondo azul del cielo y la semi-oscuridad del espacio, salía un penacho de humo que de vez en cuando se convertía en una llamarada color de púrpura.

Y esto no se tenga por un cromo, sino por la realidad más exacta.

ALFREDO DE LAFFITTE.